

Conversación 31
LA MUERTE DE LA ISLA

En el océano Antártico, 18 de abril.

El cataclismo más apocalíptico al que asistí durante mi prolongada navegación solitaria, fue la destrucción de la Isla Desdichada, situada al sur de la Tierra del Fuego.

Era una isla de aspecto siniestro y estaba deshabitada, ya que se elevaban en ella siete volcanes de varia magnitud, que casi siempre estaban en erupción. Muy pocos arbustos semiquemados lograban vivir en ella, entre una y otra invasión de lava. Hasta las mismas aves marinas, aun cuando estuvieran cansadas en sus vuelos hacia la Antártida, evitaban posarse en aquellas abruptas alturas, en aquellos cráteres enrojecidos y llenos de cenizas. Cuando por espacio de alguna semana descansaban los volcanes, y en lugar de llamas y piedras sus bocas lanzaban solamente enormes humaredas, entonces la isla era sacudida y agitada por los terremotos que abrían abismos en los flancos de los montes y hacían desaparecer en las tumultuosas aguas extensiones enteras de la pétrea y escarpada orilla. Se diría que la isla quisiera aniquilarse y desaparecer del océano con el fuego de sus volcanes y las convulsiones de los terremotos. Todos los elementos, el impetuoso azote del viento, el fuego de las pétreas vísceras, el obstinado furor del mar, todo la amenazaba, la flagelaba, la corroía, como si la isla maldita estuviera condenada a una catástrofe.

A veces parecía que los enemigos de la isla estuviesen guerreando entre sí. La furia de los embates del mar irrumpía y sumergía la cima de las escolleras, pero los volcanes más próximos al agua vomitaban entonces ríos de lava que descendía sobre el mar, como queriendo reparar y cubrir las ruinas causadas. Lluvias tupidas y abundantísimas lograban apagar por algún día las erupciones de un volcán, transformando su cráter en un lago hirviente y fangoso, pero luego, algún turbión huracanado venido del Norte hacía huir a las nubes, desecaba los cráteres y concedía la victoria a las erupciones.

Es imposible saber desde cuánto tiempo antes aquella Isla Desdichada era teatro de los combates entre los titanes de la naturaleza. Y a pesar de ser sacudida, herida, bañada y golpeada, estaba siempre allí, con sus lívidos salientes, sus embudos infernales, sus hendiduras escarpadas, sus inmensos valles desiertos y grises, sus escollos golpeados y fragmentados.

Pero un día, el viejo e irascible océano perdió la paciencia y quiso que la tragedia concluyera de una vez. Hasta aquella jornada se había ensañado contra ella empleando marejadas furiosas, huracanes arrolladores, ciclones devastadores, pero la isla, impertérrita siempre, resistía y respondía con las salvas de sus volcanes.

Entonces, el océano unificó todas sus fuerzas y desencadenó la tempestad máxima. Comparadas con ésta, todas las anteriores no habían sido más que débiles y breves cóleras, capaces, a lo más, de arrastrar consigo aristas y jirones.

Aquel día sobrevino desde el mar un viento tan poderoso y vertiginoso que logró decapitar las montañas y romper las escolleras naturales como si fueran dunas de arena. No hubo ni torrentes de lluvia, ni truenos ni relámpagos. Desde lejos no se oía otra cosa que el silbido horrendo del viento y el mugido ensordecedor del océano enfurecido.

Tres días con sus noches duró la grandiosa tempestad. El mar alzaba incansablemente muros altos y verdes coronados por espuma delirante; poco a poco convirtió los valles en enormes lagos, trituró las montañas, dispersó los escollos, inundó y apagó los cráteres, todo lo cubrió y sumergió bajo la furia y la mordaza babosa de las olas movedizas y resonantes.

Cuando la enorme tempestad hubo concluido, de la Isla Desdichada no quedó más que algún escape de humo y el recuerdo de un castigo definitivo.